

La globalización, fase superior del imperialismo

JOAQUÍN ARRIOLA

Miembro del consejo de redacción de *Nuestra Bandera*.

Profesor de Economía Política de la UPV/EHU.

Miembro del consejo científico de la Fundación FOESSA (Madrid) y del CESTES (Roma)



Las relaciones de dominación entre territorios forman parte de la construcción de los espacios de soberanía desde el principio del desarrollo de las sociedades políticas. Una de las formas que adoptan estas relaciones de dominación es la de los imperios, en los que un poder soberano central somete otros territorios, constituidos o no en soberanías diferenciadas, a las reglas que emanan del poder central. Una gran parte de los imperios históricos se constituyen en factores de desarrollo de las fuerzas productivas, también en los territorios sometidos, incluso con frecuencia en aquellos en los que se establecen relaciones tributarias, por las cuales una parte de la riqueza generada, en forma de alimentos, metales o productos manufacturados, se transfiere directamente al centro, a la metrópoli. Estas mismas relaciones tributarias dinamizan cambios sociales y tecnológicos que ayudan al desarrollo productivo en los territorios sometidos, debilitando paradójicamente al centro metropolitano. Los grandes imperios de la antigüedad, desde el Imperio persa al romano, el español o el califato Omeya responden a este patrón general.

La principal excepción a este carácter generador se da cuando las relaciones tributarias adquieren la forma de transferencia regular de mano de obra esclava hacia el centro. La extracción de la población es la principal forma depredadora que adquieren los imperios primitivos. Las relaciones de dominación que se basan en el saqueo masivo de recursos no logran estabilizar un marco jurídico-político ni cultural, y su gran inestabilidad se traduce en la desaparición rápida, generalmente con la muerte del rey o emperador que lo inicia, caso del Imperio mogol, huno y otros.

159

El imperialismo capitalista

Con la llegada del capitalismo, el carácter de las formas de dominación territorial se modifica sustancialmente: el dominio sobre nuevos territorios pierde el carácter generador, salvo allí donde la población local es sustituida totalmente por población procedente de la metrópoli (colonias de poblamiento) y se da una aceleración de las fuerzas productivas asociada al reino de la mercancía. Ya no es la voluntad del soberano la que dicta las reglas de la expansión y dominación territorial, sino la necesidad del capital de valorizarse continuamente mediante la regular metamorfosis de la mercancía.

En una primera fase, la extensión del dominio territorial tiene un carácter esencialmente comercial. Se trata de garantizarse el acceso a mercados cada vez más amplios en los que volcar el creciente excedente de mercancías generado por unas fuerzas productivas en mutación acelerada, y con enormes ganancias de productividad debidas a la generalización del maquinismo y las fábricas en los centros del nuevo modo de producción, y en particular en Inglaterra. La East India Company y la colonización de la India son el arquetipo de los nuevos modos de dominación que impone el capital.¹

La destrucción de la base industrial de la India, su conversión en un mercado reservado para las mercancías británicas —con la consecuencia del desempleo masivo y empobrecimiento de la población urbana—, la destrucción de la base agrícola alimentaria para producir té para exportación, algodón para las fábricas inglesas y adormideras para la exportación a China, en el intento de dominar también este territorio —con la consecuencia de generar enormes hambrunas y muertes que se estiman entre treinta y cinco y cuarenta millones de personas— y la transferencia de los ingresos de las exportaciones de la India hacia la City, para reforzar el papel de centro monetario mundial de Londres, ejemplifican los mecanismos del nuevo invento que acompaña el rápido desarrollo de las nuevas metrópolis del centro: el subdesarrollo acelerado de las periferias coloniales.

Gran Bretaña impuso su orden mundial tras las guerras napoleónicas, cuando logró derrotar las aspiraciones de Francia, la otra gran potencia industrial de la época, al liderazgo mundial. Haciendo buena la afirmación de que la historia la escriben los vencedores, Gran Bretaña se colgó la medalla de la derrota definitiva de las tropas napoleónicas, primero con su expulsión de España en 1813 y finalmente en 1815 con la batalla de Waterloo. Pero estas victorias británicas no hubieran sido posibles sin la aniquilación total de los 650.000 soldados del ejército durante el invierno ruso de 1812. Desde entonces, la ca-

¹ *The Rise and Fall of the East India Company*, de Ramkrishna Mukherjee (Monthly Review Press, New York, 1974), es un análisis magistral de dicho proceso.

pacidad de reclutar nuevas huestes guerreras se vio seriamente mermada para la Francia napoleónica.

Del imperialismo mercantil al imperialismo financiero

La transición del maquinismo a la gran industria, analizada por Marx en el primer tomo de *El capital*, inicia una segunda fase, que se consolida en los albores de la aceleración de la Revolución Industrial a finales del siglo XIX. La sustitución del carbón por el petróleo, el vapor por la electricidad y la industria textil por la química y el automóvil como motores de la aceleración de las fuerzas productivas se acompaña de una creciente centralización (fusiones y adquisiciones) y concentración (crecimiento por reinversión de beneficios) del capital. Los grandes conglomerados, *holdings* y cárteles de finales del siglo XIX motivan una ampliación de objetivos en la dominación territorial.² Ya no se trata solo de nuevos mercados para la producción de un determinado centro nacional, sino de garantizar el acceso a la mano de obra —que compense un ejército de reserva susceptible de agotamiento en los centros en expansión— que reclama de forma creciente una industria en acelerada expansión, necesitada también de controlar la extracción de materias primas vitales, como el petróleo. La prioridad del capital comercial por controlar la demanda dominando el territorio se superpone ahora a la necesidad del capital productivo de ampliar a nuevos espacios su actividad generadora de nuevo valor, y del capital financiero, también sujeto a un proceso de concentración acelerada, para encontrar nuevos clientes para su capital de crédito en expansión.

El reparto del continente africano en la Conferencia de Berlín en 1884 simboliza esta nueva fase en las relaciones internacionales, caracterizadas por una creciente rivalidad entre los centros nacionales del capitalismo y una subordinación creciente de las relaciones sociales, políticas y económicas de la periferia a las necesidades de los centros dominantes.

Es precisamente el análisis de este doble carácter de la internacionalización del capital mercantil y productivo el que se encuentra en el centro de las discrepancias de los autores clásicos del imperialismo, y del famoso debate entre Rosa Luxemburgo (*La acumulación de capital. Contribución a una explicación económica del imperialismo*, 1913), que defendía que el principal impulso del imperialismo capitalista deriva de la necesidad de encontrar nuevas salidas a la creciente productividad de la industria, y Lenin (*El imperialismo, fase superior del capitalismo*, 1916), quien argumentaba que el reparto del mundo entre las

² El texto clásico en este análisis del capital monopolista es el de Rudolf Hilferding, *El capital financiero*, Tecnos, Madrid 1963, 1985.



grandes potencias había terminado y que la creciente rivalidad entre las mismas no deriva solo de la necesidad de controlar mercados para la exportación de mercancías, sino que la exportación de capital adquiere un protagonismo que antes no tenía.

Siguiendo los planteamientos de Hilferding y de otros autores como J. A. Hobson o incluso Bujarin,³ Lenin parte del análisis de la creciente importancia de la centralización y concentración del capital y la aparición del capital financiero para caracterizar lo que es estructuralmente nuevo en esta etapa del capitalismo, a la que denomina «capitalismo monopolista» en contraste con el «capitalismo competitivo» del siglo XIX. Lo específico del capital monopolista sería precisamente que el expansionismo territorial tiene lugar principalmente a través de la exportación de capital, tanto capital de préstamo como productivo.

A finales del siglo XIX, la segunda fase de la Revolución Industrial trajo consigo las aspiraciones alemanas a la hegemonía política en el globo. Este nuevo país, cuna de las innovaciones tecnológicas en la industria química y del automóvil, desafió con éxito el dominio británico, pero fracasó ante Estados Unidos, la potencia tecnológica, demográfica y territorial que se alza a la primera posición del dominio del mundo capitalista tras la derrota de las aspiraciones alemanas en 1945... gracias de nuevo al debilitamiento sufrido por las tropas nazis en el invierno de 1942-43, perdiendo un millón de soldados en el frente ruso, 600.000 de ellos solo en la batalla de Stalingrado.

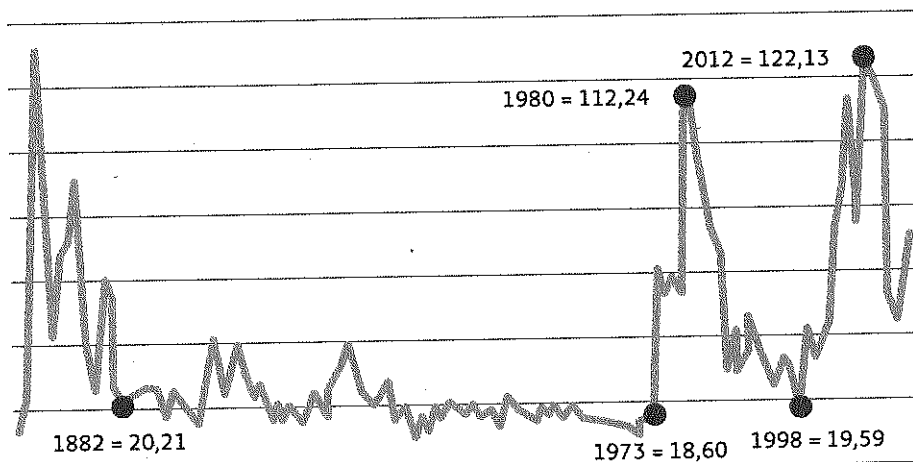
Así, los doscientos años de capitalismo combinan un acelerado dinamismo y cambio económico con una sorprendente estabilidad en el dominio de las relaciones internacionales por el mundo anglosajón. El siglo XIX fue el siglo británico, y el corto siglo veinte, ese que empieza tras la primera guerra mundial, el siglo estadounidense. En ambos casos, para imponer su señorío tuvieron que lidiar con otros aspirantes a la cúspide de la jerarquía de las naciones.

En todo caso, en la primera mitad del siglo XX se van consolidando unas relaciones de dominación que se basan cada vez más en la sujeción de las relaciones de producción de la periferia al acceso al capital financiero del centro, y al peso creciente del capital extranjero de las grandes multinacionales del centro en las actividades extractivas e industriales, tanto de exportación como de abastecimiento doméstico.

El comercio se va tornando cada vez más complejo. Aumenta la parte del comercio de componentes sobre el de productos finales y, sobre todo, el comercio intrafirma, que implica el desplazamiento de componentes entre las fábricas de grandes grupos multinacionales localizadas en diferentes países.

³ J. A. Hobson: *Estudio del imperialismo*, 1902, Alianza Madrid, 1980. Nicolai I. Bujarin: *El imperialismo y la acumulación del capital*, Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1975; y *La economía mundial y el imperialismo*, 1915, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1971/1987.

PRECIO DEL PETRÓLEO (USD POR BARRIL, EN \$ DE 2018)



Fuente: <http://www.bp.com/statisticalreview> y elaboración propia.



El dominio mediante el crédito y la producción no requiere la forma de dominación clásica de las «colonias». Por eso, tras la II Guerra Mundial, la nueva potencia capitalista dominante impulsó un proceso masivo de descolonización en África y en Asia a las antiguas potencias dominantes Francia, Gran Bretaña y otras. A diferencia de lo que postulaba Lenin, la nueva dominación ejercida por Estados Unidos no consiste en arrebatar las colonias a otras potencias, sino sustituir el dominio colonial de estas por el dominio financiero y productivo del capital norteamericano.

La crisis del imperialismo norteamericano se inicia a finales de los años sesenta, y se la suele denominar crisis del fordismo, por referencia al modo de organización de la producción y el consumo en los centros del capitalismo mundial. Pero el desencadenante del debilitamiento del ciclo de dominación estadounidense se inicia con la crisis del dominio financiero del dólar, consecuencia del coste de mantener el dominio mundial ante el empuje de los movimientos de liberación anticapitalistas (Corea, Cuba, Vietnam) y la competencia creciente con los nuevos capitales multinacionales, reconstruidos o de nueva generación, de Alemania y Japón. Es esta otra característica del nuevo imperialismo no prevista por Lenin: el capitalismo de las grandes multinacionales o monopolios no acaba con la competencia, sino que dota a esta de nuevas formas y contenidos, por ejemplo, la competencia entre plantas productoras de bienes propiedad de la misma multinacional. Con el ciclo de nacionalizaciones que aparece como efecto colateral de las luchas de liberación nacional en la periferia capitalista, el centro pierde el control sobre las materias primas procedentes de la periferia y el consiguiente aumento de los pre-

cios es el factor desencadenante de la crisis de rentabilidad del fordismo, otra dimensión a tener en cuenta en la crisis general de sobreacumulación y rentabilidad que estalla en los años setenta. El ataque combinado contra las luchas de liberación anticapitalistas, pero también contra los líderes nacionalistas de la periferia (de Mossadegh o Nasser a Allende) es un símbolo y síntoma de la importancia que tiene para el imperialismo del siglo xx el control de las materias primas, y en particular de la que constituye el fundamento de la segunda revolución industrial, el petróleo, cuyo precio se había mantenido estable en términos reales en el entorno de los veinte dólares durante más de un siglo.

Del neoliberalismo a la globalización



164

El neoliberalismo es en cierto sentido un procedimiento para intentar prolongar en el tiempo esa posición de ventaja heredada de la segunda fase de la revolución industrial. Primero, mediante el control global de las finanzas y la moneda mundial, lograr la captura de rentas financieras que compensen las menguantes ganancias norteamericanas en forma de excedente productivo. En segundo lugar, promoviendo la incorporación de nuevas áreas de la vida social al espacio mercantil, en particular los flujos de información y conocimiento, captando rentas de propiedad intelectual. Y, finalmente, rentabilizando el establecimiento del único ejército global del planeta. Todos los Gobiernos, desde Reagan en adelante, han estado de acuerdo en las tres medidas, y la diferencia básica estriba en el mayor énfasis de los demócratas en la segunda y de los republicanos en la tercera, porque la primera ha sido promovida con el mismo entusiasmo por todos ellos.

Sin embargo, la llegada del neoliberalismo comienza a aplicar una nueva estrategia de dominación básicamente reactiva: contra los trabajadores en el centro, imponiendo la austeridad salarial mediante el aumento del desempleo, primero, y la precarización de las relaciones laborales después, y contra la periferia infligiendo una lucha ideológica contra los intentos de consolidar un nuevo orden económico internacional. La deuda financiera y el control político-militar son los principales instrumentos desplegados para fijar nuevas normas de distribución favorables al capital. Ahora, no solo en las relaciones entre centros y periferias, sino también de forma creciente, en la distribución del valor añadido entre salarios y beneficios en los propios centros imperialistas.

Sin embargo, estas medidas, que incluyen el usual paquete de privatización de empresas públicas y de servicios, apertura indiscriminada al capital extranjero, mercantilización de las relaciones laborales y control autoritario de los mecanismos del poder político —en sus distintas modalidades, desde dictaduras militares, pasando por órganos legislativos, judiciales y administrativos fragilizados y corrompidos a ejecutivos sujetos a directrices corporativas

(en el centro) o de la embajada de la potencia dominante (en la periferia)— no han sido capaces de estabilizar un sistema de dominio que garantice la continuidad del orden jerárquico surgido de la Segunda Guerra Mundial. La desaparición de la Unión Soviética y el bloque socialista en Europa tampoco ha consolidado el dominio global de Estados Unidos. Incapaz de restablecer una senda de incrementos sostenidos de la productividad y por tanto de los beneficios, durante los años ochenta y noventa se diseñó en Estados Unidos un procedimiento de generación y captación de rentas financieras a escala mundial que quería ser una alternativa para el mantenimiento del dominio global del capital norteamericano.

La globalización financiera es, por tanto, el resultado de un conjunto deliberado de políticas impulsadas por el sector financiero de Estados Unidos que pasa inicialmente por suprimir el poder de regulación y control de las autoridades monetarias, establecido en su mayor parte como respuesta a la crisis financiera de los años veinte.

La supresión del control de los tipos de cambio fue el punto de partida hacia la liberalización de la cuenta de capitales (la cual, según las reglas del FMI, debía ser competencia de los Estados, a diferencia de la cuenta corriente, sujeta a presiones liberalizadoras desde el inicio). Los argumentos del FMI para promover la liberalización financiera —que se impuso en los países de la periferia con el chantaje de los programas de ajuste tras la crisis de la deuda— eran básicamente la «represión financiera», que suponía un desincentivo para el ahorro interno, y la facilitación de la captación de ahorro externo (entrada de capital); la redistribución de los derechos de propiedad dinamizaría el tejido productivo y aumentaría la competencia.

De este modo se promueven, y se incluyen como un componente ineludible en todos los programas de ayuda del Fondo, medidas como la liberalización de los tipos de interés activos y pasivos, la abolición de las restricciones al crédito, la supresión de reservas obligatorias, la liberalización de las cuentas en divisas, la eliminación de las restricciones a las cuentas de no residentes y la autonomía del banco central respecto a la política del Gobierno. Estos cambios generan un nuevo sistema financiero y monetario que aún requería varias reformas para lograr la perfección de los mercados liberados, buscada por los neoliberales, confesos o no, que la promovían por todas partes.

A finales de los noventa, en el Congreso y el Senado se crea un lobby para impulsar la reforma de toda la legislación financiera, orientada a suprimir todo control prudencial, o regulación desde el Estado, de las transacciones financieras privadas. El grupo de presión está integrado por señalados republicanos encabezados por Phil Gramm, senador por Texas y vicepresidente de UBS, Thomas J. Bliley Jr., senador por Virginia y presidente de la Comisión del Comercio del Senado, y Alan Greenspan, presidente de la FED. Pero también los demócratas juegan un papel fundamental —la mayor parte de la des-



regulación se aplicó durante el mandato Clinton; entre los cabezas del grupo de presión estaban Robert Rubin, secretario del tesoro y después vicepresidente de Citicorp, y Larry Summers, subsecretario del tesoro y sucesor de Rubin como secretario.

Como dijera Richard G. Lugar, presidente de la Comisión de Nutrición, Agricultura y Silvicultura del Senado:

La meta de esta legislación es asegurar que Estados Unidos continúe siendo el líder global en los mercados de derivados. Estados Unidos ya perdió gran parte de su papel de liderazgo en los mercados europeos de transacciones de futuros, y en el mercado paralelo (OTC) no puede quedar muy por detrás. El Congreso dispone de una buena oportunidad, en este punto, para invertir esta tendencia por medio de la sólida legislación a promulgar este año (2000).



166

El nuevo marco jurídico creó las condiciones para la formación de un mercado mundial de activos financieros, capital ficticio que no por ello deja de tener consecuencias macroeconómicas. De hecho, los cambios legales y operativos modificaron de forma sustancial los riesgos inherentes a la actividad financiera en general. Sin duda, la gestión de las inversiones es un gran negocio para la banca estadounidense; es Wall Street el que aparece como gran beneficiario de la estrategia desreguladora, aplicada por cierto de la mano del ministro de hacienda demócrata Robert Rubin —después ascendido a vicepresidente de Citicorp. Lo que no es tan evidente es que, por muy dominantes que sean las instituciones financieras de Wall Street, eso sea una garantía del dominio norteamericano en el mundo. La crisis de los mercados monetarios de 2007 y la Gran Recesión de 2009 expresan de hecho los límites de esta estrategia de dominación por el crédito.

Estados Unidos ha pasado de dominar por el comercio en los años cincuenta a dominar por las inversiones en los setenta, y desde los años noventa su predominio militar sirve para salvaguardar una dominación económica basada cada vez más en la moneda y las finanzas. Pero cuando el poderío económico se expresa en la captación de las rentas financieras de los fondos de inversión y la acumulación de capital ficticio mediante la gestión de las transacciones en derivados financieros, es un claro signo del agotamiento de un ciclo histórico de hegemonía. Esto es lo que el presidente Trump se niega a aceptar, provocando un grave conflicto con los sectores del capital financiero y cultural norteamericano que aún ejercen el mando en plaza en los cinco continentes, o casi.

Parece que lo de «hacer grande a América de nuevo» y el *America first* no es un invento del nuevo presidente. Lo que ocurre es que la estrategia compartida por demócratas y republicanos de poner por delante a los bancos y sus intereses no ha dado el resultado apetecido. Y el nuevo presidente está empeñado

en otra política más efectiva para intentar garantizar la continuidad del dominio norteamericano; en particular, se orienta a diseñar una estrategia dirigida a reducir la dependencia comercial de su economía. Esto pasa directamente por la apreciación de las monedas de los países que son grandes exportadores y financiadores de Estados Unidos.

En realidad, la globalización financiera se hilvana con una estrategia tecnológica y organizativa de dominación productiva tendente a garantizar la captación global de valor desde el mismo proceso de producción por parte del capital norteamericano. La fragmentación de los procesos de producción y la dispersión internacional de las tareas y actividades dentro de ellos han dado lugar a la aparición de sistemas de producción sin fronteras, que pueden ser cadenas secuenciales o redes complejas y que pueden ser globales, regionales o abarcar solo dos países. Estos sistemas se denominan comúnmente «cadenas de valor mundiales» o «cadenas globales de valor» (CGV). La industria del automóvil es una de las que más lejos han avanzado en esta organización interterritorial de las actividades productivas, y las grandes corporaciones norteamericanas son las que hacen un uso más intenso de esta estrategia.

Según cálculos de la UNCTAD, alrededor del 60% del comercio mundial, que actualmente asciende a más de veinte billones de dólares, consiste en el comercio de bienes y servicios intermedios que se incorporan en diversas etapas del proceso de producción de bienes y servicios para el consumo final. La deslocalización/relocalización de actividades puede conducir o no a la subcontratación de la actividad deslocalizada. La distinción misma puede resultar confusa, y no es infrecuente que una actividad deslocalizada implique una propiedad conjunta entre el productor doméstico original y un socio en el país de acogida de la inversión. Desde la perspectiva de los trabajadores, la distinción puede no ser relevante.

Diversas estrategias de gobierno de grupos multinacionales llevan aparejada cada vez más la conformación de redes, exclusivas o compartidas, que implican la fragmentación de la cadena de valor en espacios nacionales diversos, con la externalización total o parcial de algunas partes de la cadena. En principio, cualquier parte de la manufactura, la logística, la distribución... pueden ser objeto de *externalización*. La contrapartida de esta diversidad de posibilidades de externalización de puntos en la cadena productiva es la diversidad de estrategias de *especialización*, por ejemplo, reteniendo tan solo las actividades directamente tecnológicas (Intel), las vinculadas a la manufactura (Toyota) o especializando la firma en tareas de *marketing* y externalizando toda la producción (United Brands).

Esta diversidad de estrategias en relación al «núcleo duro» de la actividad empresarial de la multinacional se traduce en una diversidad de configuraciones geográficas de las cadenas de valor, orientadas por tendencias diversas como la *integración* (organizados en escalas geográficas más amplias, los suministra-



dores producen en todo caso cerca de sus clientes centrales del sistema internacional de producción), la tendencia al *postponement* (producción tan cerca del punto de venta como sea posible para reducir costes de transporte) o, por el contrario, la *dispersión* (de servicios y funciones de apoyo en la cadena global de valor: *marketing*, atención a clientes, contabilidad...).

Por su parte, los criterios de selección de las localizaciones o relocalizaciones de eslabones de la cadena global de producción responden a su vez a diversas estrategias, como la *optimización de costes* diversos (salariales, fiscales, ambientales...), la *búsqueda de activos* (I+D, apoyos externos...) o el denominado *clustering* (rentas de situación, economías de aglomeración...).

En cualquier caso, como se refleja en la tabla, Estados Unidos es el país que más se aprovecha de la producción y financiarización globales.

En los países de la periferia se observan dos comportamientos en relación con la inversión directa: los países latinoamericanos y de Asia, tanto si tienen balanzas superavitarias como deficitarias, siguen siendo receptores netos de inversión extranjera, mientras que Rusia, o Sudáfrica, reflejan su superávit comercial con salidas netas de inversiones directas. Pero todos los países de la periferia, tanto los de saldos inversores positivos (entradas) como negativos (salidas) pagan más rentas de inversión de las que reciben por sus inversiones en el exterior.

El caso más relevante es China, que mantiene junto con Alemania los mayores saldos comerciales positivos del mundo. Pero estos se compensan menos con inversiones extranjeras que con inversiones en cartera, siendo China el principal tenedor de deuda pública de Estados Unidos —más de tres billones de dólares en bonos y títulos del tesoro norteamericano. Las multinacionales extranjeras en China transfieren más renta de inversión al exterior de lo que reciben los inversores chinos del extranjero. El saldo es positivo porque el flujo de entrada de inversión directa sigue siendo muy elevado.

Fijémonos ahora en la tríada central de Europa, Japón y Estados Unidos. Los dos primeros, con saldos comerciales positivos, invierten más en el exterior que el resto del mundo en ellos, por eso las entradas netas de rentas de inversión son positivas en ambos casos. Si en Eurolandia son menores es porque la tendencia general a la concentración de las inversiones en la propia región, y la tasa de ganancia normal en Europa, es inferior a la de Asia.

El caso de Estados Unidos es único: mantiene los mayores déficits comerciales del mundo y, aun así, sigue exportando más capital productivo del que recibe, lo cual significa que con la globalización financiera ha logrado que los países acreedores inviertan sobre todo en inversiones en cartera (financiera) y menos en productivas, captando así una cuota menor de plusvalía directa procedente de los trabajadores norteamericanos, y teniendo que contentarse con las rentas financieras de sus inversiones. Pero lo que más llama la atención es la enorme masa de plusvalía global, 1,1 billones de dólares netos en el



FLUJOS DE INVERSIÓN Y RENTAS 2014-2018 (USD CORRIENTES)

Pais/Región	Inversión directa neta (1)	Rentas primarias netas (2)	(1) + (2)
Argentina	35.934.055.540	-70.927.625.110	-34.993.569.570
Brasil	308.160.781.935	-205.643.964.143	102.516.817.792
Chile	26.015.783.897	-46.869.875.955	-20.854.092.059
China	306.202.147.110	-133.226.341.287	172.975.805.823
India	158.372.260.446	-131.845.844.279	26.526.416.168
Indonesia	73.729.182.738	-150.294.782.127	-76.565.599.389
México	134.843.118.360	-150.932.855.666	-16.089.737.306
Rusia	-70.849.980.000	-224.759.000.000	-295.608.980.000
Sudáfrica	-12.634.155.158	-47.562.429.787	-60.196.584.945
Venezuela	-3.004.000.000	-22.004.000.000	-25.008.000.000
Euro área	-614.411.448.688	426.849.647.839	-187.561.800.849
Japón	-675.631.596.458	908.309.238.413	232.677.641.955
Estados Unidos	549.402.000.000	1.100.443.000.000	1.649.845.000.000

Fuente: Banco Mundial, *World Development Indicators* y elaboración propia.

período 2014-2018, que capta el capital norteamericano invertido en el resto del mundo, muy superior al que consigue cualquier otra potencia con sus inversiones globales.⁴

Se entiende en este contexto que cualquier intento de Eurolandia de establecer un impuesto a las corporaciones norteamericanas de las telecomunicaciones encuentre la férrea oposición del Gobierno norteamericano: están en juego los procedimientos por los cuales mantienen un equilibrio en su balanza de pagos sin tener que ajustar necesariamente su enorme déficit comercial.

⁴ Estos resultados son coherentes con los que estudia uno de los renovadores actuales de la teoría del imperialismo, John Smith, que identifica una gran cantidad de flujos de valor desde las distintas periferias a los centros imperiales o subimperiales mundiales. John Smith: *Imperialism in the Twenty-First Century: Globalization, Super-Exploitation and Capitalism's Final Crisis*. Monthly Review Press, New York, 2016.

Orientalismo

Pero estos procedimientos —la globalización financiera y las cadenas globales de valor— manifiestan su fragilidad como procedimientos de regulación eficaz de la jerarquía mundial de dominación ante los cambios estructurales que acontecen sobre todo en Asia. En el escenario del siglo XXI, el dinamismo económico parece haberse desplazado todavía más hacia el oeste, y China parece apostar por construir un nuevo liderazgo global que, de nuevo, es visto como una amenaza y un desafío por la potencia ahora al mando. China ha sustituido a Estados Unidos como primer socio comercial en muchos países y, desde que se instauró el nuevo orden mundial a finales de la segunda guerra mundial, es el primer país que se ha atrevido a proponer nuevos organismos y acuerdos internacionales en materia de comercio y de inversión en el mundo capitalista sin contar con visto bueno norteamericano, a diferencia del proyecto y la realidad de la Unión Europea, que siempre ha estado bajo tutela del amigo americano. En esto no hay contradicciones entre demócratas o republicanos, entre la vieja o la nueva política estadounidense. Todos están de acuerdo: China es el principal problema geopolítico para Estados Unidos.

A principios de los años cincuenta, cuando Estados Unidos diseñaba el nuevo orden mundial y perfilaba el papel de Japón y de Europa Occidental en la contención del comunismo, la población del G7 (466 millones) y la de China (544 millones) era bastante similar. Pero desde entonces, la población del G7 ha pasado de ser un 18% del total mundial a apenas el 10%, mientras que los 1.300 millones de chinos representan el 19%, una disminución de tan solo tres puntos desde 1950, a pesar de la persistente política antinatalista seguida hasta hace un par de años en ese país.

Cuando Barack Obama llegó a la presidencia de Estados Unidos, el déficit comercial del país se elevaba a más de 700.000 millones de dólares. Obama terminó su mandato con un déficit de 500.000 millones de dólares. Pese a la significativa reducción, el déficit sigue tan elevado que las inversiones *netas* de los extranjeros en Estados Unidos (descontadas las inversiones estadounidenses en el exterior), que financian el abultado déficit comercial, han pasado de 4 billones de dólares a 8 billones al finalizar su mandato, es decir del equivalente del 27% del PIB al 40%.

La inversión directa de las multinacionales extranjeras en Estados Unidos, unos 7,3 billones de dólares, están equilibradas con los algo más de 7,5 billones de inversiones directas norteamericanas en el resto del mundo. Por lo tanto, la deuda financiera neta se compone sobre todo de inversiones en cartera, es decir, de «capital golondrina», que solo busca rentabilizar al máximo posible la deuda comercial y que condiciona el funcionamiento de los mercados de capital en Estados Unidos.



El problema se agrava porque durante el mandato Obama la dependencia del comercio de Estados Unidos se ha concentrado mucho más en un número reducido de países, en esencia China, México, Alemania y Japón. El saldo comercial con cuatro países es negativo en más de medio billón de dólares al año. Antes de la llegada de Obama al Gobierno, el comercio con China equivalía a un tercio del déficit norteamericano. Al final de su mandato, esta proporción alcanza los dos tercios; el peso del déficit comercial con Alemania se multiplicó por dos, pasando del 7% al 15%.

La elevada exposición comercial —y, por tanto, la dependencia de las inversiones de estos países en Estados Unidos y de la necesidad permanente de emitir deuda que esta situación provoca al tesoro norteamericano— genera una fragilidad estructural en la posición de dominio global que mantiene, y que pretende mantener, la potencia norteamericana, objetivo que proclamaba durante la legislatura Clinton el senador republicano Phil Gramm cuando se dedicaba a promover la desregulación y la globalización financiera, antes de pasar por la puerta giratoria a la vicepresidencia de la Union des Banques Suisses (USB) en Estados Unidos:

Vamos a cambiar los servicios financieros en América para... dominar este siglo de la misma manera que dominamos el siglo pasado.

En noviembre de 2016, el departamento del Tesoro (Hacienda) del Gobierno norteamericano recordaba en un informe al Congreso que un elemento de la política exterior del país es evitar que ninguna economía aumente sus exportaciones sobre la base de un tipo de cambio permanentemente subvaluado. El problema es que desde 1976, al haber dejado en manos de los mercados la fijación de los tipos de cambio, estos responden en el corto plazo cada vez más a percepciones políticas de los cambistas más que a los fundamentos reales de la economía.

En principio, la moneda de los países deficitarios, como Estados Unidos (o España), debería depreciarse para abaratar sus exportaciones en moneda extranjera y encarecer las importaciones en moneda nacional. Así, el dólar se ha depreciado en 2016 frente a las monedas de algunos de los grandes exportadores hacia Norteamérica, como el yen o el euro. Pero, al mismo tiempo, se ha elevado su cotización en términos de pesos mexicanos, libras esterlinas o renminbis chinos. Y la moneda china se habría depreciado aun más si el banco central de China no hubiera vendido cerca de 600.000 millones de dólares de sus reservas de divisas para mantener indirectamente la cotización de su moneda (al aumentar la oferta de divisas en el mercado financiero global, el banco espera que la cotización de estas baje o, al menos, la presión al alza se debilite).

El informe de noviembre se limita proponer medidas indirectas, como presionar para que aumente el consumo doméstico y las inversiones en China



o Alemania (en el país germano las inversiones siguen siendo un 14% inferiores al nivel de antes de la crisis, y el consumo doméstico está estancado). Se espera que, si se sigue esa estrategia expansiva, una parte de las exportaciones chinas o alemanas se dedique a abastecer el mercado doméstico y, con el mayor consumo, aumente también la demanda de productos norteamericanos en esos países, ayudando a reequilibrar el comercio.

Desde la victoria del capitalismo liberal sobre el comunismo soviético, mientras los vencedores se las prometían muy felices hablando del fin de la historia y tal, un quinto de la población mundial daba en China un giro estratégico en su forma de producir y distribuir para reorientar en su provecho la economía mundial, hasta entonces dominada por Estados Unidos. Desde que se proclamó que el fin del comunismo soviético era el fin de la historia, la China del comunismo posmaoista ha pasado de tener menos del uno por ciento del comercio mundial a más del once por ciento. Mientras, los países del G7 han visto declinar su cuota de más de la mitad del comercio mundial a apenas un tercio del total.



172

Paradójicamente, lo que está poniendo en cuestión la supremacía del capitalismo liberal estadounidense es otra forma de capitalismo administrado, que se está demostrando más eficaz para lograr altas tasas de crecimiento, de resistencia ante la crisis mundial, de cambio de modelo productivo y de transformación social. En los últimos veinte años China ha reducido sus tarifas proteccionistas en productos manufacturados desde el 21,7% al 7,7%, la India del 37,6% al 8,5% y Rusia del 14,7% al 4,6%. Parece pues un poco pretencioso que el G7 se autoproclame adalid del libre comercio, cuando son precisamente los países de capitalismo administrado los que están desmantelando sus barreras proteccionistas y Estados Unidos quien amenaza con elevar las suyas.

Pero hay algunas diferencias significativas con relación a los dos siglos previos. En primer lugar, la innovación más importante en la tercera fase de la Revolución Industrial no se vincula a las transformaciones en las tecnologías materiales, asociada a nuevos componentes, energías o transportes, pese a que también ahora estamos en presencia de este tipo de innovaciones.

El cambio de mayor alcance en el siglo XXI es precisamente *la globalización*. Que es también, como hemos indicado, un subproducto del dominio anglosajón en un contexto en el que la mundialización es precisamente la globalización de la cultura anglosajona, inalterada por los límites que las estrictas fronteras nacionales imponen a la circulación de bienes y personas, y donde la cultura y el idioma global, el inglés, funciona como un procedimiento para extraer riqueza inmaterial —conocimiento— del resto del planeta, y la financiarización y el dominio del dólar en las transacciones y reservas internacionales, que actúa como procedimiento para captar rentas financieras en beneficio del centro de dominio global. Más que la pervivencia de las re-

laciones centro-periferia, es precisamente este dominio cultural y normativo el que permite seguir denominando «imperialismo» a la estructuración jerárquica del capitalismo poscolonial.

Otro aspecto de la nueva revolución tecnológica, que, como todas, es también una revolución social y de costumbres, es que, a diferencia de las rivalidades intercapitalistas anteriores, la disputa ahora no se coordina desde las estrictas fronteras nacionales de los principales rivales; la disputa ahora no es por imponer uno u otro proyecto imperial con un centro geográfico delimitado por unas fronteras dentro de las cuales se accede a la ciudadanía del imperio y fuera no. El nuevo escenario nos retrotrae en cierto modo al concepto de ciudadanía de la antigua Roma: allí donde hay un ciudadano romano, se haya presente el imperio.

Por eso, ahora el área de influencia de China es, ante todo, y por encima del territorio de China, la comunidad china esparcida por el mundo. Este nuevo escenario, de rivalidades comunitarias más que nacionales, ha sido bien entendida por una parte de la clase política de los países anglosajones; una fracción minoritaria en el discurso, pero claramente dominante en la política doméstica: Trump en Estados Unidos, los defensores del Brexit en Gran Bretaña, los laboristas australianos... todos intuyen que el nuevo juego de tronos no se realiza con las reglas con las que se lidió la confrontación con Napoleón o con Hitler.

Frente a una clase política estadounidense anclada en los valores de la guerra fría, al calor de la cual se ha desarrollado un poderoso complejo de intereses materiales y políticos (el complejo militar-industrial contra cuya creciente influencia política alertara ya el presidente Eisenhower), y que maniobra para reproducir la división en dos mundos e intentar consolidar el dominio estadounidense sobre una parte del planeta —de ahí los esfuerzos de la administración Obama por separar a Rusia de Europa y lanzarla en brazos de China—, Trump sí ha comprendido la lección histórica de los siglos anteriores: Rusia es la clave para inclinar la balanza hacia uno u otro de los contendientes en la disputa por la hegemonía mundial. Mejor que los 17 millones de kilómetros cuadrados del territorio ruso y sus 800.000 soldados no se sumen a los 10 millones de kilómetros (los mismos que Estados Unidos) y 2,5 millones de soldados chinos, y, sobre todo, que los 90.000 millones de barriles de petróleo ruso se sumen a los 40.000 millones de las reservas de Estados Unidos y no a los 30.000 millones de reservas de China.

La actual administración norteamericana, y en esto no se diferencia de las anteriores, es muy consciente del desafío que supone intentar mantener una posición de dominio que ya no se refleja en sus estructuras productivas. La novedad que presenta Trump es que, por primera vez, se recurre a medidas que implican un reconocimiento explícito del cambio de era. Aplicar el proteccionismo industrial como nuevo instrumento de la política de desarrollo y



sustentarlo no es cuestión de competencia desleal (de *dumping* o precios subvencionados), sino de seguridad nacional, vinculando la política comercial con la política de guerra.⁵

Por eso, referirse a la situación actual como una «guerra comercial», presente o potencial, no capta adecuadamente el desafío planteado: lejos de ser el comercio el objetivo estratégico de la acción emprendida por la administración Trump, más bien habría que interpretarla como un movimiento particular en la estrategia de reforzar el predominio militar, asegurándose el control de las materias primas básicas para el desarrollo de su armamento.

Puede que esta fase del proceso termine forzando un arreglo comercial por el cual China, que dispone de un sistema comercial administrado, decida consumir más productos norteamericanos, reduciendo así el enorme desequilibrio comercial entre ambos países, que desde 2012 supera casi los 250.000 millones de dólares anuales. El problema es que no es fácil reducirlo, porque lo que China quiere obtener de Estados Unidos —tecnología, armamento e información—, este país no se lo quiere vender. Y lo que Estados Unidos le quiere vender —materias primas, alimentos procesados, productos farmacéuticos o coches— China los puede comprar más barato en otros lugares. El siguiente movimiento de esta fase, por tanto, consiste en intentar limitar el campo de maniobra comercial de China en esos otros mercados de abastecimiento. Algo que ya se inició hace unos años en África y que la administración estadounidense quiere extender a Iberoamérica.

Tal parece que, al igual que ocurriera con Thatcher y Reagan, de nuevo británicos y estadounidenses están inaugurando un nuevo ciclo político mundial. Quizá haya que hacer una lectura del Brexit distinta a la habitual. No es que los británicos hayan decidido encerrarse en la fortaleza resquebrajada de



⁵ Las medidas proteccionistas de Estados Unidos reflejan hoy una situación similar a la que se le presentaba a Inglaterra a finales del siglo XIX; en palabras de Federico Engels en 1888: «En Inglaterra está ganando terreno la conciencia de que el monopolio industrial de ese país está irremediablemente perdido, que sigue perdiendo terreno relativamente, mientras que sus rivales están progresando, y que está a la deriva en una posición en la que tendrá que contentarse con ser solo una nación manufacturera más entre muchas, en lugar de ser, como una vez soñó, *el taller del mundo*. Para evitar este inminente destino, la protección, apenas disfrazada bajo el velo del “comercio justo” y los aranceles de represalia, son ahora invocados con pleno fervor por los hijos de los mismos hombres que, hace cuarenta años, no conocían salvación sino en el libre comercio. Y cuando los industriales ingleses comienzan a descubrir que el libre comercio los está arruinando y le piden al Gobierno que los proteja contra sus competidores extranjeros, entonces, seguramente, ha llegado el momento de que estos competidores tomen represalias arrojando por la borda un inútil sistema proteccionista, para luchar contra el declinante monopolio industrial de Inglaterra con su propia arma: el libre comercio.» (F. Engels: «Introducción» a *Sobre la cuestión del librecambio*, 1888. Traducción propia).

la política nacional, sino que, simplemente, han cambiado de bando: en lugar de defender desde una Europa dominada por Alemania su participación en la hegemonía global, han decidido hacerlo mediante una alianza reforzada con la comunidad anglosajona.

Y Trump a lo mejor no es tampoco el representante reaccionario de una inviable vuelta al pasado de esplendor estadounidense, sino que, por el contrario, representa la apuesta más audaz para enfrentar el desafío chino a la hegemonía anglosajona con una nueva visión transnacional basada en la alianza global de los hombres blancos (o asimilados) que hablan y piensan en inglés. En este caso, es a los demócratas y al *establishment* republicano, junto al *lobby* de los servicios secretos incrustado en la administración y los medios de comunicación, a los que habría que contemplar como representantes genuinos del pasado, los que se sitúan en una posición conservadora defendiendo la vieja política de una remozada guerra fría.

Otros acontecimientos menores pero significativos de este gran juego de poder global apuntan en este sentido, como el creciente papel geoestratégico que juega Australia en el control de las rutas marítimas entre el Índico y el Pacífico o en el apoyo a las iniciativas comerciales estadounidenses frente a las de China, el aumento del peso militar de las potencias anglosajonas menores (Canadá y Australia ocupan los puestos veintidós y veintitrés en términos de poderío militar), o la decisión en marzo pasado de los neozelandeses de no «maorizar» su bandera y mantener la enseña anglo-identitaria. Los cinco grandes países anglosajones disponen de un territorio en tres continentes y en todos los océanos de 28,5 millones de kilómetros cuadrados, dos millones más que Rusia y China juntas; 1,8 millones de soldados, unas reservas de petróleo diez veces mayores que las de China y 2,5 veces las de Rusia, una población mayor en 25 millones a la de la UE27, y un PIB (en paridad de poder de compra) de 23 billones de dólares, 1,3 veces el chino y 1,5 veces el de la UE27.

Quien queda bastante desamparada en este escenario es la vieja Europa. A los paganos habituales de la periferia —latinoamericanos, asiáticos y africanos— les tocará lidiar con algo que, en todo caso, les resulta conocido: la dominación exterior por unos u otros sobre sus políticas domésticas y la explotación de sus recursos por el centro. Pero Francia y Alemania, que han sido las potencias que disputaron el poder mundial en el siglo XIX y el XX, hoy se presentan como socios menores incluso para sus antiguos contrincantes y aliados. En el nuevo escenario de la confrontación anglo-china, Rusia, que sería el complemento imprescindible para dotar de músculo territorial, energético y de población al proyecto europeo, ha sido rechazada como socio privilegiado por la Unión Europea, y probablemente termine logrando un estatus de neutralidad en el nuevo escenario mundial en el que Europa no termina de encontrar un lugar más allá del proyecto, también viejo, de la «Gran Alemania» y su



espacio vital, un subimperialismo⁶ o imperialismo regional de dudoso futuro. Si la estrategia norteamericana fracasa en su contención de China, la globalización aparece así, quizá, como la fase que marca el límite temporal de las estructuras imperiales de dominación capitalista. ★



⁶ Ruy Mauro Marini: *Dialéctica de la dependencia*. ERA, México, 1973.